



HACIA UNA REFORMA EDUCATIVA

Yolvi Ocaña

Este artículo habla de la necesidad de una verdadera reforma educativa que sirva realmente para cambiar y elevar los niveles de rendimiento académico de los estudiantes peruanos, lo contrario a los últimos intentos de reforma carentes de significatividad y trascendencia por parte del Estado.

Las palabras «reforma educativa» están muy de moda en el vocabulario de los políticos y tecnócratas peruanos. La pregunta que deberíamos hacernos es el porqué de esta súbita mención. En julio del año pasado, la primer ministro Beatriz Merino, en un mensaje al Congreso, declaró en emergencia al sector educativo, medida que tomó por sorpresa a muchos, pero que otros veían venir desde hace mucho tiempo; muchos expertos y consultores educativos venían advirtiendo la vecindad del desastre educativo nacional. Un estudio de la UNESCO divulgado semanas después fue el telón de fondo de esta declaración de emergencia. Los estudiantes peruanos ocupan el último lugar en cuanto a conocimientos de lengua, matemática y ciencias ¡El último lugar! Entre 43 países. Es decir, la gran mayoría de peruanos que asiste a la escuela no logran los objetivos básicos que el Estado peruano se propuso al crear el sistema educativo. Estudiantes que terminan la secundaria no comprenden lo que leen ni saben hacer cálculos matemáticos básicos. Es decir, la escuela no les ha servido de nada. Once años, como mínimo, de educación básica ha significado un fiasco, miles de horas de asistencia a la escuela, cientos de trabajos, tareas, esfuerzos, para lograr casi nada, para terminar la escuela y enfrentarse a un mundo de alta competencia, donde su capacidad cognitiva

difícilmente se adecuará a los requerimientos intelectuales del presente.

La realidad de nuestro sistema educativo exige una reforma radical. Si a una persona que se le detecta un tumor maligno, no se le extrae o cura, este se expandirá y producirá inevitablemente su muerte. Nuestra educación se encuentra en una etapa de agonía terminal y pareciera que la sociedad peruana no se da cuenta de esto, parece que nos resistimos a aceptar este desastroso diagnóstico y a empezar la búsqueda de soluciones radicales. Todavía se vive con la esperanza mesiánica de un salvador que recuperará al Perú y con éste su educación, o esperamos con ilusión que surjan soluciones mágicas que puedan revertir esta desastrosa situación.

Ante esta situación, se plantean muchas opciones de solución, la pregunta es: ¿todas estas soluciones son posibles en la realidad? En las siguientes líneas comentaremos dos variables del problema educativo peruano que, si se desea una verdadera reforma educativa, deben ser solucionados de forma urgente: los recursos presupuestales y la labor magisterial.

Cuando se habla de una situación de emergencia, se sobreentiende que se va a desti-

nar más recursos, sino, cuál sería la diferencia con la situación actual; sin embargo, en el presupuesto de la República del 2004 esto no se dio: los recursos destinados a la educación no sufrieron mayor incremento, pese a las constantes solicitudes del ex ministro de educación Carlos Malpica de un aumento presupuestal de 679 millones de soles, el incremento del 0.25% del PBI fijado por el Acuerdo Nacional y el aumento progresivo hasta llegar al 6% del PBI que dispone la ley de educación. No hay recursos frescos para la emergencia educativa ni para cumplir el 100% de los aumentos prometidos al magisterio. Actualmente, el Presupuesto Nacional 2005 que se está elaborando, no ha cambiado mucho. La verdad es que el gobierno carece de voluntad para destinar mayor cantidad de dinero a la educación, debido a nuestra precaria situación fiscal. Si esta situación va seguir así, creemos que los que deciden, deberían escoger entre atender a más alumnos o brindar mayor calidad a los ya atendidos; entre la inversión estatal adicional en la infancia o la que se hace en la educación superior, de la gratuidad universal indiscriminada o la equidad. Seguir con el empeño actual de quedar bien con todos y prometer sin tener capacidad de cumplir, va a conllevar a más años de fracasos, salvo que, de una vez, se convoque a un Pacto Nacional por la Educación en donde, con una verdadera decisión política por parte del gobierno de entregar mayores recursos a la educación; se establezca un Plan Nacional con plazos precisos e indicadores realmente medibles (porcentaje de disminución del nivel de analfabetismo, incremento en el nivel de rendimiento, etc.); sólo así podremos determinar si el dinero fue bien utilizado o no.

De un tiempo a esta parte el magisterio esta siendo objeto de una crítica constante por parte de diversos sectores de la sociedad peruana: los políticos, la prensa, ongs; que acusan

al magisterio debe ser el principal responsable de la crisis educativa del país. No pretendemos ocultar las falencias de la gran mayoría de nuestros profesores, pero creemos que muchas de estas críticas son una forma de liberar al estado de su responsabilidad con el problema. Lo que sí creemos es que con el actual elenco de maestros no podemos sino seguir en el último lugar de todos las pruebas internacionales de rendimiento escolar. La enseñanza ha terminado siendo fruto de concesiones vergonzosas. En el magisterio actual lo que se premia es la antigüedad, no los méritos. Los méritos de un maestro son (le moleste a quien le moleste) de orden académico; tiene que ver con trabajos, investigaciones, lecturas y capacitaciones. El mérito de un maestro no se mide por su antigüedad; si no se ha perfeccionado, la antigüedad termina siendo un lastre. Proponemos la creación de un escalafón magisterial en el cual los ascensos y mejoras salariales resulten de unos criterios académicos y no de la antigüedad y/o afinidad política de los docentes. Una medida de este tipo no solucionará todos los problemas de los profesores pero si ayudaría mucho a elevar el nivel de nuestro tan venido a menos magisterio.

Cualquier intento de reforma educativa que no tome en cuenta los problemas mencionados no pasará de buenas intenciones y será una oportunidad perdida más. Los cambios estructurales no surgirán con declaraciones enfáticas sobre el currículo y nuevas computadoras; nada soluciona la promulgación de nuevas leyes o decretos, ni el conocimiento ni el desarrollo se generan con éstos. Ya han pasado catorce meses desde la declaración de emergencia del sector educación y todavía no pasamos a la parte operativa de ésta; seguimos discutiendo diversas propuestas y mientras tanto cientos de miles de escolares siguen en las aulas recibiendo una educación que difícilmente les permitirá aportar al desarrollo de nuestro desafortunado país.